

baban á los indios sus oros y sus piedras ricas. "Those Indians had a great deal of gold indifferent, shapes, bracelets, breast-plates and queer lookig little dolls. The Spaniards robbed the ludi of all their gold. The Indians also had a good deal of silver and quite a number and quite a number of emeralds all of which were taken away from them by the Spaniards". Y así fueron las cosas, como lo sabe muy bien Sonny. Y se cuenta de los galeones que iban cargados con grandes riquezas que los gobernadores españoles enviaban para los reyes de España. Y de cuando en cuando aparecían en el mar unas tropas de piratas, de aquellos bravos piratas cuya historia ha contado Oexmelin en su rara historia de la piratería. Y de los combates de las gentes del rey con los piratas. Y de un gran galeón de tres palos que iba á traer á los monarcas de Madrid el oro, la plata, las esmeraldas y las perlas que estaban en Cartagena de Indias. Y cómo ese barco regio debía también cargar muchos productos de la tierra ardiente, plátanos ó bananas, cocos, ñames, mandioca, piñas, pájaros parlantes y otras cosas más que eran de maravillar á los hombres europeos. Y cómo el mar se alborotó y hubo naufragio. Y el mar se tragó el tesoro, que han querido después buscar los buscadores de tesoros. Y el tesoro está en el mar Caribe, entre Cartagena de Indias y la isla Trinidad.

Y la otra narración refiere "How the chirup family went to town". Y son sucedidos muy graciosos, pues se trata de una familia de monos ó niños. Y hay que ver á los monitos cómo los pinta la ilus-

tradora Dorothy Furniss, que tiene de los intencionados animalistas ingleses y que agradaría á Benjamín Rabier. Y para concluir está una historia como para escrita en versos, porque tiene tanto de poesía que hasta en el comienzo de esta narración, que está hecha para un niño, parece dicha en un inglés de verso: "This is the story of the Prince, who covered his body with golden dust—in a far of land, in a far off day—whom the Spaniards calle "El Dorado".

"And this is the story of the Great Catarac that even to-day, in that distant land, rushes and thunders, in memory of what took place long, long ago". Y es la historia de "El Dorado" con toda su primitiva belleza. La historia del pueblo Chibcha, de ese pueblo tan fabuloso como el de los antiguos troyanos, y tan real como ellos, pues en el Museo de Madrid se pueden admirar sus mitras de oro, sus máscaras de oro, sus mil cosas de oro, pues "El Dorado", que cubría su cuerpo desnudo con polvo de oro, era como el dios viviente de loro. Y parece Bochica, el gran dios de los indios chibchas, que tiene cetro jupiterino y á quien sus adoradores, si hubiesen sabido latín, hubieran aplicado el horaciano:

Cuelo tonantum credidimus jovem Regnare...

Y es admirable la tradición del Cacique Aureo, del dios primitivo y del Lago Místico. Sonny debió de quedar encantado. Y con él todos los niños que sepan inglés y lean el librito *Tales to Sonny*, de Santiago Pérez Triana.

Blanco y negro.

París—¿quién lo hubiera antaño creído?—ha pasado algunos días preocupado con el famoso match del blanco y el negro. Por lo menos, el París novelero y sportivo. Aunque es verdad que esa pasajera ultramericanización no indica una transformación del carácter nacional, es un hecho que la prensa se ocupó largamente en el asunto y los retratos y biografías de los dos fuertes animales norteamericanos se publicaron en todas las hojas. Jeffries y Jonhson lograron popularidad parisiense. Aquí tiene el box sus aficionados y partidarios, entre algunos sportsmen y snobs. Se han visto y se ven pugilatos públicos á que ha concurrido un público de clases diferentes. Pero la cosa no ha pasado á más. La repercusión que tuvo la *performance* norteamericana ha sido seguramente causada por lo elevado de las apuestas, por los *cachets* que han cobrado los rivales, y por ser un negro y un blanco, como en las damas, los elementos del juego. Y hubo quiénes apostaran al blanco, y quiénes al negro. La victoria de éste fué alegremente comentada, y las atrocidades que en Norte América siguieron á ella, lo fueron también.

—¡Que se venga á París el negro!—decían algunos.

Y con razón. En París los negros ó mulatos con dinero no tienen por qué quejarse. Hay muchos de ellos, que en los Estados Unidos ó en ciertos círculos de las aristocracias hispano-americanas serían rechazados, y que aquí viven tan lindamente, dándo-

se gusto y hasta viendo su nombre en los periódicos. No hace mucho que se habló de un banquete á dos poetas negros, creo que haitianos. Y en honor de ellos hablaron dos poetas blancos, aunque de segundo orden. M. Gregh y Dorchain... Y los negros *continúan* y hacen bien.

De Val.

¿Y el congreso universal de la Poesía? Ya hablaremos luego. Ahora os hablaré de su organizador, del que ha sido su alma y que tiene en él muchas nobles ilusiones y muchas grandes esperanzas. De Val es un hombre admirable. ¡Admirable! El poeta Amado Nervo le dice: "¡Tú, que todo lo puedes!" En verdad, Mariano Miguel de Val, que también es poeta, y que quiere el bien de los poetas, está en todo, es múltiple, es complejo, es universal, y si no fuese que en él prevalece sobre todo algo del caballeresco ensueño tradicional hispano, merecería ser yanquí... En las proporciones de esta villa del oso y del madroño, tiene este varón de cuerpo fino y faz de hidalgo antiguo, una variedad de actividades rooseveltianas que desconcierta en la urbe de la famosa Puerta del Sol. Mariano Miguel de Val es terrateniente, mundano, abogado, ex secretario del Ateneo; de la familia de Castelar, ex secretario de Moret; amigo del rey, de los infantes; redactor en varios periódicos, director de un diario de provincia, director de la respetable revista *Ateneo*, director y editor de la biblioteca Ateneo; pertenece á

la legación de Nicaragua; fué iniciador del *Romanero de los Sitios*; colabora en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires; en *El Figaro*, de la Habana; ¡inicia, realiza y colabora en cien cosas más! No tiene aún automóvil; va á comprar uno pronto; pero no hay que temer, este poeta no es futurista. Tiene un santo en su familia ancestral. Tiene un castillo en Zaragoza. Es lírico de paz y de hogar. Tiene una bella esposa y unos lindos niños. Su padre era republicano. En su casa se conspiraba. Llegaba allí el tío Emilio y hacía discursos de música. El niño Mariano oía todo eso, observaba, tras los cortinajes. El niño creció, y el hombre es hoy monárquico, católico; y, cuando se va á veranear, para que diga la misa en la capilla de su castillo, tiene un capellán. De Val es cuerdo.

Su gabinete de trabajo está adornado de libros, retratos, autógrafos, medallas. Sus íntimos son sabios catedráticos, políticos, periodistas y uno que otro autor de los llamados modernistas. No se le creería un combativo. Sin embargo, un día se vió en pleno ardor polémico. El enemigo era temible: la condesa de Pardo Bazán. La polémica fué sobre los novelistas en el teatro, y el joven aeda se batió arduosamente con Pentesilea. Una vez vistos los argumentos de uno y otro, confieso que me coloqué del lado de doña Emilia. Muchos novelistas ha habido y hay que son excelentes autores dramáticos; y una facultad no es privativa de la otra.

De Val, que parece tan grave, tan serio, y que lo es, ¡indudablemente! ha pagado el matritense tributo á la literatura jovial, y, aunque sin su nombre,

ha hecho imprimir cierto pecador volumen de castizos chistes, que habían regocijado á aquellos honestos y nada complicados rimadores que se llamaban Teodoro Guerrero, Ricardo Sepúlveda y demás compañeros del tiempo del *Pleito del matrimonio*. Después llevó la risa á las tablas, escribió para el teatro cosas jocosas. Mas en donde quiso poner la flor armoniosa de su juventud fué en su volumen *Edad dorada*. Son cosas de galantería y elegancia, madrigales apasionados, idealismo y carne, inspiraciones momentáneas y filosóficas amatorias; versos del alma y versos de salón; declaraciones y baladas. Gentiles maneras y decires que complacían á las damas antes de la introducción del bridge, del pastime-puzle y del popintaw.

De Val adula rítmicamente á la mnjer, y señala sus varios encantos y modos de hechizar. Celebra la juventud, optimista y amigo del placer y de la gloria. Celebra la fe, el entusiasmo, el amor, la mujer siempre, ¡y hace bien! Y dice al final de su canto:

Dejad, pues, que la planta favorecida
de su corto reinado goce abstraída,
y aliente los afanes de su amorío
y realice sus sueños en el estío,
no le habléis del otoño que le intimida,
no le habléis del invierno de nieve y frío,
dejadla que lo olvide, si es que lo olvida,
y cuando en sus entrañas se sienta herida,
cuando la hora le llegue de cruel hastío
y la veáis rendirse desfallecida,
decidle, porque aplaque su desvarío,
que todo invierno es víspera de nueva vida.

Canta el amor, canta las flores, con modos y conceptos ortodoxos:

Flores, hermosas flores,
que sois nido de amores
y de los verdes prados alegría,
desplegad vuestros mantos de colores
que ya amanece luminoso el día.

Dedica dos poemas á dos marquesas guapísimas. Zorrilliza en una "sinfonía". Y refiriéndose á quién sabe qué gallarda y voluptuosa señora, asonanta unas insinuaciones donjuanescas ó fáunicas, de todos modos no por lo emprendedor menos romántico:

...Auras de rosa
forma tu aliento,
que toman brío
sobre las ondas de tu cabello

Hacia mí vienen
y tú sonríes,
cada vez que oyes
los besos míos que las reciben.

Redondos, frescos,
tendidos, blancos,
sobre las sábanas
descansan, duermen, quietos, tus brazos.

¿Por qué no se abren
para hacer presa
en otros brazos
que ser tu cárcel también desean?

Anciano el dueño
de tus caricias,
gozar no puede
de tu hermosura la gallardía.

La gentileza
de tus contornos,
rica y sabrosa,
miel de panales de abejas de oro.

Natural es que el romántico que hay en él, admire á Byron y le salute en un sonante soneto. Y lo que lleva de su raza en la sangre lo hemos de ver en tal ímpetu místico, con su reminiscencia de Don Gaspar.

...En tanto que en la tierra se despierta
el bronce herido á la oración llamando;

en tal evocación del poderío morisco para, á propósito de una atalaya, loar la espiritualidad cristiana; en ternuras familiares y religiosas; en discretas quejas melancólicas que son como ecos de amoríos pretéritos, en la obsesión de la cruz; en efusiones cordiales que no por ser dichas en un metro poeano que han difundido los modernos, parecen menos venir de tiradas calderonianas y de fogosarias de los corifeos del romanticismo. En De Val está el trovador. No han llegado á él ni el uso ni el abuso, hoy tan comunes, de ciertos procedimientos de la nueva poesía castellana. Lo que ha escrito está conforme con el espíritu y los preceptos del glorioso parnaso nacional. Ello es cuestión de temperamento y de maneras personales de exteriorizar sus ideas estéticas. Yo ni le censuro ni le alabo. En todo caso, más bien le alabaría por haberse dado tal como es él.

Lo bueno es que se conserva siempre joven y lleno de actividad y entusiasmo, para toda empresa

generosa y en la cual se haya de rendir homenaje á Nuestra Señora la Belleza. Ese congreso universal de la poesía, hoy postergado para que se lleve á cabo bajo mejor plan, y que se verificará en la próxima primavera cuando esté Valencia más rica de flores y de celestes luces, ese congreso ha sido idea de él, para honrar á la Poesía, y para hacer bien á los portaliras. La suya la tiene excelentemente cuidada, y ha de dar en tal concurso apolíneo, nuevos y plausibles sonos.

Rueda á América.

Salvador Rueda me dice en una carta..... "te mando en estas palabras mi adiós, que quisiera dártelo con los brazos. A Canarias, y después á Cuba: un viaje íntimo, pacífico, delectación espiritual purísima".

Salvador Rueda, ya lo sabéis, es un gran poeta. ¡Es el último poeta lírico sacerdotal y natural que hoy existe en todo el mundo! Es decir, el que siente que él es Eso, y que eso es su sagrada misión sobre la faz de la tierra. El ha dicho muy líricamente y muy exaltadamente lo que piensa de su destino órfico, en la revista *Poesía*, que publica en Milán el fundador del Futurismo, señor Marinetti. Salvador Rueda deseaba desde hace tiempo ir á América. Ir sencillamente, simplemente, como poeta lírico. Aún me invitó para que hiciésemos juntos ese viaje fabuloso. Yo me atreví á decirle que no fuera á Buenos Aires. Le indiqué, por su bien, que de hacer el viaje, se apresurase á hacerlo á algunas de

nuestras repúblicas tropicales, porque, aun por allá mismo

Nous n'irons plus au bois,
les lauriers sont coupés!

Ahora Salvador, homérica, pindárida, va en viaje "íntimo, pacífico, de delectación espiritual purísima", á Canarias y á Cuba. Ambas son islas de armonía y recibirán como se merece al fecundo poeta español. Las colonias, además, son muy gentiles. Rueda realiza el milagro de querer ser y ser, en nuestro tiempo, poeta, nada más que poeta, y cuenta para afirmar su volición, con todo lo que dió, como él dice, la Gran Madre, la Naturaleza, y con el sol de su Andalucía que lleva adentro.

Ahora, viaja también por la América tropical otro poeta, también andaluz, el señor Cavestany. El señor Cavestany ha recitado sus poesías en Méjico y en la Habana y se le ha festejado brillantemente. Tiene sobre Rueda la ventaja de ser rico y de ser académico. Pero, en Rueda, hay mayor cantidad de poeta, y vaya lo uno por lo otro. Rueda es el consagrado de la Lira, el hombre que tiene confianza con el alma de las cosas; que es una voz, un órgano de la naturaleza. Yo no le encuentro en la Península parangón sino en Zorrilla. Vive en su nube de oro sonoro—de oro irreal. No es, pues, actual, ni adaptado.

Homero y Píndaro es posible que anden hoy por el mundo. Sólo que, por obra del tiempo mismo, cambian en sus manifestaciones y obran conforme con las exigencias de la época. Sus expresiones é

himnos son adecuados al instante, y se sienten influidos por el deseo ó por los efluvios que brotan del alma de las muchedumbres. A veces pasan, aislados, otras se mezclan á las agitaciones urbanas. El don de armonía les hace transfigurarse, y una simple frase de común prosa les brota vestida de estrellas ó de chispas sulfurosas. Homero y Píndaro tienen muchos nombres, tienen ojos negros ó azules, emergen entre una tribu de judíos, en la estepa ó en la pampa, ó andan elegantemente por los bulevares parisienses, por los clubs de Londres, ó en las calles de Buenos Aires, ó de Nueva York, ó por las tierras de la magnífica Italia. Píndaro y Homero, que tuvieron en lo antiguo en sus manos la trompa ó la lira sagradas, guardan hoy á veces silencio. Y en los bolsillos de sus diferentes disfraces suele encontrarse, con ó sin el poema, un libro de cheques—ó una bomba. Es preferible, en todo caso, el libro de cheques—y tu gran corazón, querido Salvador Rueda.

ALGUNOS JUICIOS